

- BARON. Y si otro amor en el alma
tal vez aquel hombre abriga,
y en el logro de su afan
toda su ventura cifra,
y no alimenta esperanzas
aunque esperanzas mendiga,
¿no fuera un crimen labrar
para siempre su desdicha?
- LUISA. (¡Ay Julian!) (Ap.)
No te comprendo. (Alto.)
- BARON. (Ap.) (La cedo el triunfo. Ya es mia.)
¿Tan oculto está mi fuego
que solo ves las cenizas?
Si es crimen mi amor, mi amor
á ser criminal me obliga.
Yo te amo.
- LUISA. ¿Tú! ¡já! ¡já! ¡já!
La ocurrencia es peregrina.
¿Y Enriqueta?
- BARON. Deja ya
por Dios esa calma frívola;
y ante una pasión vehemente
depon tus pueriles cuitas.
- LUISA. Baron, esto es una farsa
que tu cerebro imagina
trastornado por el peso
de la atmósfera en que giras.
- BARON. ¿Ni una esperanza siquiera?
¿Tus halagos, tus sonrisas,
no disculpan esta audacia
cuando con ellos me brindas?
- LUISA. Vovámonos al salon,
que mas de una bella ansía
que perfumes con tus frases
el ambiente que respira.
- BARON. Serán flores sin fragancia
cuando tú su esencia esquivas.
¿Nada espero? ¿Ni esa flor
que está en tu pecho prendida?
- LUISA. ¿Para qué, si con tu soplo
ya la has dejado marchita?
Volvámonos al salon.

BARON. (Ap.) Es superficial, es frívola.
(La ofrece el brazo, y al andar se la cae la flor del
pecho, que recoge el Baron. Al llegar al foro salen
Julian y Ricardo. Este se queda contemplándolos.
Aquellos saludan y desaparecen.)
LUISA. ¡Mi flor!
BARON. (Cogiéndola.) Se la lleva el viento.
Al salon.
LUISA. (Ap.) ¡Julian!
BARON. (Ap.) Ya es mia.

ESCENA VII.

JULIAN y RICARDO.

RIC. ¿Quién es esta?
JULIAN. Mi mujer.
RIC. ¿Tu mujer?
JULIAN. ¿Te ha sorprendido?
RIC. ¡Ya! ¿Con que no es su marido
el de la flor!
JULIAN. ¡Qué ha de ser!
RIC. Pues me pones que en un potro.
JULIAN. ¡Veremos si así te quejas!
RIC. Es tu mujer, ¿y la dejas
que vaya á hallar con otro?
JULIAN. Si. ¡Te maravilla!
RIC. ¡Á ver!
JULIAN. Pues lo contrario es ridículo.
Aquí solo es un artículo
mas de lujo la mujer.
Se libran de nuestro encono
y así remontan los vuelos.
Tampoco se tienen celos:
los celos son de mal tono.
Y así pasamos la vida:
ellas libres de cuidados,
y nosotros entregados
en brazos de una querida.
RICARD. ¿De una querida?
JULIAN. Si tal:
otro artículo de lujo.

Mujeres á cuyo influjo
se postra el hombre social.
Las que nos venden su amor
en licitacion privada,
y como finca pujada
se otorga al mejor postor.

RIC. ¿Pero y el mundo?

JULIAN. Ahí verás.

RIC. ¿Aplaudes ese amor bastardo?

JULIAN. Á esas mujeres, Ricardo,
se las considera mas.

RIC. (Saca el libro de memorias y apunta lo siguiente.)

«La mujer, cual joya expuesta,

»para que en todo la iguale,

»no es mejor la que mas vale;

»vale mas la que mas cuesta.»

JULIAN. Pon á tus apuntes tasa

y ten mi lección presente:

antes has sido imprudente:

no has ofrecido tu casa.

RIC. Permíteme que te arguya

por lo imprudente que estás:

tú eres mi amigo, y jamás

me has ofrecido la tuya.

Y si no, por mí responde

mi arribo á esta poblacion.

Desde la misma estacion

me condujiste á la fonda.

JULIAN. Porque mi trato es mas franco

que el que el Marqués te ofreció.

(Ya le voy diciendo yo

que vivo en un sotabanco.)

RIC. Con que la casa, permite,

se ofrece al que nos parece.

¿Y si es casado el que ofrece

y del buen tono el que admite?

JULIAN. Le recibe tu mujer

ó tú en tanto que le trates.

RIC. ¿Y si te engaña?

JULIAN. Te bates

y no la vuelves á ver.

RIC. Es decir, que me denigro

si en vez de esa solucion
les quito yo la ocasion
para evitar el peligro.

JULIAN. Esos medios son muy viles.

Ah, Ricardo, ¿traes dinero?

RIC. Si, ¿qué quieres?

JULIAN. Poco quiero:

que me des un par de miles.

(Ricardo saca unos billetes y se los da.)

Mandé al Banco esta mañana
y estaba el pago cerrado.

RIC. Pero dime, ¿en qué has gastado
lo que te di esta semana?

JULIAN. ¡Tu pregunta es singular!

RIC. Di mejor que bien me fundo.

JULIAN. Entre gentes del gran mundo
se necesita jugar.

RIC. ¿Por recreo?

JULIAN. No señor.

Se especula; es una mina.

Y el hombre que se arruina
mas pronto es mas jugador.

RIC. Entonces, á lo que infiero,
no es muy santo ese sistema.

JULIAN. Al contrario: el que el problema
resuelve es un caballero.

RIC. Pues Julian, si asi montada

nuestra sociedad se ve,
cuantos libros estudié
no me han servido de nada.

Si os protege opuesto código,
si es tu palabra evangélica;

ni amor fué el amor de Angélica,

ni culpable el hijo pródigo.

JULIAN. Cuando te saque mi táctica

del letargo en que yacias,

verás que tus teorías

distan mucho de la práctica.

Aquí el talento no es nada;

que aunque el fondo sea inmundo,

las casas en el gran mundo

se alquilan por la fachada.

Son esos seres sociales
que con su hálito sobornan
ramas viejas que se adornan
con flores artificiales.

Aquí te viene á buscar
el Marqués. Con él te dejo.
Nunca olvides mi consejo.

RIC. (¡Qué mina voy á explotar!)
(Escribiendo en la cartera.)
«Este mundo es un belén;
»garito de capa y palo,
»donde el hombre ha de ser malo
»para parecerle bien.»

ESCENA VIII.

RICARDO y el MARQUÉS.

MARQ. ¿Cómo aquí tan retirado?

RIC. Conversando con Julian.
Me deja en este momento.

MARQ. Le he visto el salón cruzar,
(con la sangre salpicado
de su presa el gavilán).

¿Y qué clase de emociones
ha sentido usted al mirar
estas pasiones que en lucha
siempre con el hombre están?

RIC. He sentido en mi cabeza
mil pensamientos brotar
acariciando esperanzas
que no concebí jamás.
Yo comprendo que en la vida
debe haber un más allá,
porque noto aquí una falta,
un vacío, un hueco tal,
en donde al mundo aunque quiero
procuro en vano alojar.
Antes el nombre de madre
mi indiferencia glacial
concebí como una cosa,
como un objeto vulgar.

Hoy comprendo que una madre
nos da la vida, y nos da
besos que nunca he sentido,
que no he de sentir jamás.
Y comprendo que hay amor,
que hay virtud, que hay amistad
pasiones en fin, afectos
que aquí en mi cabeza estan;
mas como al querer sentirlos
mi alma ciega, errante va,
le tiendo al mundo los brazos
para poderlos tocar.

MARQ. ¿Y para esa lobreguez
busca usted apoyo en Julian?

RIC. Á él vine recomendado;
me dispensó su amistad,
y como mentor se encarga
de mi educacion social.

MARQ. Jóven, su padre de usted
era mi amigo, era mas;
un hermano en cuyo seno
fuí mil veces á llorar.
Mi obligacion es sagrada.
Si usted busca en su orfandad
una familia, unos brazos,
aquí los de un padre estan;
pero lejos de aquel hombre,
rechace usted su amistad.

RIC. ¿Cómo? ¿Julian...

MARQ. Si; su instinto
es venenoso, es mortal.
Es un hombre de esos muchos
que por vestir bien el frá,
por tener buenos modales
admite la sociedad,
y á quien nadie de su casa
puede las puertas cerrar.

RIC. ¿Es decir que su cariño
fué mentira nada mas?

MARQ. Él pinta el mundo á su modo;
difunde la oscuridad,
y aunque el mundo no es muy bueno,

con su pincel es fatal.
Es el consejo de un padre:
si usted le quiere aceptar,
ya sabe usted que á sus hijos
no engaña un padre jamás.

RIC. Gracias, Marqués: yo no acierto
lo que aqui siento á explicar.

MARQ. Ese es el mundo, hijo mio:
siente usted el frio glacial
de un desengaño que viene,
de una ilusión que se va.

RIC. Comprendo que entre esa turba
la mentira y la verdad
son un miserable juego
de palabras nada mas.

MARQ. Adios, Ricardo. (Váse.)

RIC. Marqués,
gracias por tanta bondad.

ESCENA IX.

RICARDO.

«Mi amistad le ofrezco á usted,»
antes el Marqués me dijo:
las palabras de Julian
al instante que nos vimos.
Si las de este son mentira
pronunciándose lo mismo,
¿quién sabe de cuál de entrambos,
víctima, Ricardo, has sido?
Sin embargo, yo en conciencia
mejor al Marqués me inclino;
que aun cuando las mismas frases
producen igual sonido,
la verdad lleva un letrero
debajo del texto mismo,
que solo lee el corazon
porque con él está escrito.

ESCENA X.

RICARDO y ENRIQUETA, por la puerta izquierda.

ENRIQ. (Ap.) Quiero evitar sus miradas
y en vano mi afan reprimo.

RIC. ¡Es ella!

ENRIQ. ¿Cómo tan solo
retirado del bullicio?

RIC. Como ese sordo rumor
á mi pesar no concibo,
en brazos del aislamiento
trato de evitar su ruido.

ENRIQ. ¿Quiere usted filosofar
sobre el mundo? me retiro.

RIC. ¿Se marcha usted...

ENRIQ. Al salon.

RIC. Un instante: lo suplico.
Parece que junto á usted
con mas libertad respiro.

ENRIQ. (¡Ah! ¡me amaba!)

RIC. (Á mis impulsos
vanamente me resisto.)

Yo cruzo el mundo, Enriqueta,
como errante peregrino,
que en noche de eterna sombra
va salvando precipicios.

Yo sé tambien que los hombres
sienten amor instintivo
que mira la sociedad
como un pasatiempo frívolo.

Yo no alcanzo su razón;
mas la desecho, pues miro
que se anida en mi alma vírgen
un sentimiento mas digno.

La mujer es á mis ojos
forma de un soplo divino
que embellece la existencia
del hombre con su cariño:
la que enjuga nuestro llanto,
la de quien ser recibimos,

- lo mas grande, lo mas puro,
lo mas santo, lo mas digno.
Mi madre en fin ven mis ojos
en cada mujer que miro.
Si el amor que el mundo ofrece
no es como el amor que abrigo,
nada me importa si usted
no se avergüenza del mio.
- ENRIQ. Por Dios, pueden sorprendernos:
esa gente puede oirnos.
Adios.
- RIC. ¿Muere mi esperanza?
- ENRIQ. Harto mi silencio ha dicho.
- RIC. (Conmovido.)
¿Puedo esperar...
- ENRIQ. Si. (Váse precipitadamente.)
- RIC. (Estrechándole la mano.) ¡Enriqueta!
¡Una lágrima! Respiro.
¡Siendo tan dulce este llanto
quieren todos reprimirlo!

ESCENA XI.

RICARDO y JULIAN.

- JULIAN. Hombre, ¿estás aqui metido?
¡Bien te puedo andar buscando!
- RIC. (Ap.) ¡Y este hombre me está engañando!
- JULIAN. He jugado y he perdido.
- RIC. ¿Y qué quieres?
- JULIAN. Toma, quiero...
¡La pregunta es singular!
Quiero volver á jugar
y que me des mas dinero.
- RIC. No le tengo.
- JULIAN. ¿Desde cuándo?
¡Si con fondos te has venido!
- RIC. Pues bien; desde que he sabido
que tú me estas engañando.
- JULIAN. ¿Yo?—(Ap.) (Ya conozco al Neron.)
Las gracias te debo dar.
(Convieni el soplo ignorar

mientras produzca el filon.)
Bien; rechaza mi cariño;
mas no te quejes despues.
Busca apoyo en el Marqués
que te engaña como á un niño.

RIC. ¿El Marqués?

JULIAN. No te parezca
que aqui lo ignoramos todo.
Quiere inclinar á su modo
el árbol antes que crezca.
Por egoismo trató
de que evites mi contagio,
recordando aquel adagio;
«primero yo, y siempre yo.»

RIC. Eso es, Julian, suponer
que él trató de calumniarte.

JULIAN. Esto es, Ricardo, enseñarte
lo que debes aprender.

RIC. Sus canas, su dignidad...
tal duda se me resiste...

JULIAN. La mentira siempre viste
la capa de la verdad.

RIC. ¿Y qué miras pueden ser
las que contra mí se lleve?

JULIAN. Él no es muy rico, y él debe,
y él trata de no deber.

RIC. Y para decirme: «quiero
dinero,» te ultraja á tí?

JULIAN. Si, Ricardo, porque aqui
no se mendiga el dinero:
hay medios que el hombre inventa;
que en este banco social
no hace falta capital
para procurarse renta.
Si el mendigar causa horror,
con solo agregar el rédito,
formando un banco de crédito
comercian con el honor.

RIC. ¿Pero el Marqués...

JULIAN. No te aflija
su recuerdo; ten paciencia.

RIC. Quiso amparar mi inocencia.

JULIAN. Si; pero él tiene una hija.

RIC. Bien.

JULIAN. Á quien Ricardo adora.

Y vendiéndote favores,
aunque sabe tus amores,
fingiendo que los ignora
á su ambicion te sujeta.
Te casa, encuentra su crédito,
y á tí te paga tu rédito
con el amor de Enriqueta.
Luego á tu sombra se arrima
explotándote á su medo,
mientras tú, explotado y todo,
le das las gracias encima.

RIC. Y suponiéndolo asi;
si yo su amor ambiciono,
¿tambien será de mal tono
el que yo me case?

JULIAN. Si.

Porque como yo lo advierto
todo el mundo lo presente:
y á los ojos de esa gente
pasas plaza de inexperto.
Y á los tuyos no se oculta
que allí donde te divisa
te escarnece con su risa,
con su desprecio te insulta.
Y en fin, basta, que amargarte
con mi relacion no quiero.
Te devuelvo tu dinero.

(Si dice que si me parte.)

(Sacando su cartera.)

Te firmaré un documento.

RIC. Espera, Julian.

JULIAN. ¿Te opones?

(Ya han subido estas acciones
mas de un cincuenta por ciento.)

RIC. ¿Qué ansiedad conmigo lucha!

Te creo; pero no obstante...

JULIAN. ¿Dudas si soy un tunante
segun el Marqués? Escucha.
Si fuera honrado sin tasa



como su exterior ofrece
y yo un pillo, ¿te parece
que él me admitiera en su casa?
Y en fin, júzgalo por tí:
si la mano á pedir vas
de Enriqueta, ya verás
como te dice que sí.

RIC. Si, Julian; tienes razon;
y espero que me perdones.

JULIAN. (Ap.) Se acabaron las acciones.
Tengo toda la emision.

ESCENA XII.

DICHOS, el BARON, ARTURO y JUAN.

BARON. ¿No quieres seguir jugando?

RIC. Este ha ganado á mi ver.

ARTURO. Como quedaste en volver
te estuvimos aguardando.

BARON. (Á Ricardo.)
Su suerte de usted es loca.
Amigo, venció usted ya.
Su nombre en el baile va
corriendo de boca en boca.

ARTURO. Y el Marqués, segun presiento,
tambien se admira del trato
del presunto candidato (Con malicia.)
de Enriqueta.

JULIAN. (Ap. á Ricardo.)
Aplica el cuento.

JUAN. Nada, es cosa decidida.

JULIAN. Vamos, ¡qué bromas teneis!
¿Con que vosotros sereis
mañana de la partida?

BARON Y LOS OTROS.—¿Qué?

JULIAN. Procurarle á este un goce
estar juntos.

BARON. ¡Delicioso!

JULIAN. (Por Ricardo.)
Este no es muy perezoso:
ya está despierto á las doce.

El que á nuestra voz responda
dejando el lecho de flores,
se traslada á Embajadores
para almorzar en la fonda.
Despues al Casino: allí (Con malicia.)
se pasa bien la mañana.
Y luego en la Castellana
para comer en Lhardy.
¿Qué os parece?

BARON.

Bien.

ARTURO.

Distingo:

nos ha invitado el Marqués.

JULIAN.

Cierto.—Pues aqui despues.

RIC.

(Á Julian.)

Di; ¿mañana no es domingo?

BARON.

¿Vamos? (Dirigiéndose al salon.)

JULIAN.

Si.—(Ap. á Ricardo.) Excitas la risa
con tus preguntas diabólicas.

(Todos se dirigen al salon. Ricardo saca el memorandum y escribe)

RIC.

«En las naciones católicas,
»los hombres no van á misa.»
(Váse hácia el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON, ARTURO y JUAN.

- ARTURO. Vamos, confiesa, Baron,
que no te puedes quejar.
Si pierdes al juego, en cambio
ganas al amor, y en paz.
- JUAN. Este á la mujer y al naípe
á media luz las ve ya:
con que otro talla con él;
yo soy punto nada mas.
- BARON. Si alguien os oye, sin duda
me toma por un don Juan.
Yo admito esas libertades
que ofrece la sociedad,
y que hacen su trato ameno;
pero no voy mas allá.
- JUAN. No ¿para qué? Si te arrimas
es claro que no te vas.
- BARON. Julian es mi amigo.
- ARTURO. Prueba.
¿Quién te ha hablado de Julian?
- BARON. Hombre, supongo...
- JUAN. Y supones
muy bien suponiendo mal.
- BARON. El honor de una mujer
es sagrado por demas.

- ARTURO. Las frases sacramentales
de todo amante en agraz.
Date en los pechos y reza
la confesion general.
- BARON. Eso es calumnia.
- ARTURO. Pues chico,
muchos os calumnian ya.
- BARON. ¡Pero que siempre interpretén
asi la amabilidad
de las mujeres!
- JUAN. Es claro.
¿Á que no te suena mal
ese rumor lento y sordo
que condensándose va
y que á tus pasados triunfos
les agrega un triunfo mas?
¿Te ries? ¡Si somos débiles!
Todo el mundo á no dudar
está á dieta porque sufre
la misma debilidad.
- BARON. Cuando os empeñais en algo
no hay quien os haga cejar.
- ARTURO. ¡Qué fragante es esa flor
que llevas en el ojal!
- BARON. Sí, del tocado de Luisa.
- JUAN. No vayas á sospechar...
¡No! Si Julian es tu amigo,
cómo es posible... Ademas
que la mujer una flor
de su tocado la da
á cualquiera á quien su esposo
le consagre su amistad.
Es el olivo, ese ramo,
dulce símbolo de paz,
que estrechando vuestros vínculos
forma vuestra trinidad.
Vamos, pillo, ¿me equivoco?
¿Callas? ¡bueno! no hables mas.
- BARON. Chico, es Luisa inexpugnable.
- JUAN. Tambien lo era Gibraltar.
Le das como los ingleses
una prueba de amistad.

- BARON. No digáis una palabra.
ARTURO. ¡Hombre, por Dios!
BARON. (Ap.) Hablarán.
Ella necesita lucha,
celos que la piensa dar;
y al ver herido su orgullo...
JUAN. Se supone lo demas.
BARON. Sin embargo, necesito
que con cierta asiduidad
la causa de su despecho
le haga alguno recordar.
Para lo cual sin pensarlo
va á ser mi apoyo Julian.
ARTURO. ¿Pues no es tu amigo?
BARON. ¿Otra vez?
Chico, es nuestra sociedad
superficial, egoista,
maquiavélica y audaz.
Yo tengo estas circunstancias,
yo soy un hombre social.
Me dispensareis que os deje.
(Entra Ricardo.)
Voy en busca de Julian.
ARTURO. Vé con Dios, niño mimado.
JUAN. Ofrecerme es por demas.
ARTURO. Repito...
BARON. Gracias. Sé que es
sincera vuestra amistad. (Váse.)

ESCENA II.

RICARDO, ARTURO y JUAN.

- ARTURO. ¡Qué presuntuoso! ¡qué frívolo!
¡qué majadero! ¡y qué audaz!
RIC. ¿Quién, el Baron?
ARTURO. El Baron.
Es un ente singular.
JUAN. Á mí me apesta.
ARTURO. Y á mí.
RIC. Pues ó yo comprendí mal,
ó ustedes le reiteraron

- al marcharse su amistad.
- JUAN. Ciertamente; pero, amigo,
su conducta es especial,
casi repugna; es un hombre
que nada respeta ya.
Como su figura es buena,
viste bien y no habla mal,
es Tenorio, que á su lado
fué Juan Tenorio un rapaz.
- RIC. Ser un hombre seductor
es un título social.
(Ap.) Estos sienten no ser ellos
los que den que murmurar.
- ARTURO. Pero consiste en el cómo
y en el hombre con quien da.
- JUAN. ¡El Baron, que siempre ha sido
tan amigo de Julian!
- RIC. ¿De Julian?
- JUAN. Si, carne y uña.
- ARTURO. (Ap. á Juan.)
¡Hombre!
- JUAN. (Ap. á Arturo.) La solté; es verdad.
—No diga usted que nosotros...
pero se deja notar
por lo nerviosa que Luisa
con el Baroncito está.
Y que este mismo hace poco
lo acaba de confesar.
Se murmura, y el vapor
se va condensando ya.
Por supuesto, usted...
- RIC. Es claro;
se lo contaré á Julian.
- ARTURO. No.
- JUAN. ¡Por Dios! ¿Qué va usted á hacer?
¡es una temeridad!
Estas cosas el marido
las debe siempre ignorar.
- RIC. Pues entonces, ¿para cuándo
son las pruebas de amistad?
Si yo, evitando el ridículo
con que tildan á Julian

puedo evitar de raíz
esa pasión criminal,
¿con tamaña impavidez
debo mis labios sellar?

JUAN. Al ir usted á proferir
una palabra no mas,
los amantes se vindican,
se queda ciego Julian,
abraza al Baron, y á usted
le retira su amistad.
Mientras que si aquel lo ignora,
todos felices, y en paz.

ARTURO. El nuncio de malas nuevas
es enemigo mortal.

JUAN. Venga usted, y ver le haremos
que el afecto de Julian
es tambien puro egoismo;
no hay en él sinceridad.

ARTURO. Y hasta el Marqués por su parte,
segun pudo usted notar...

RIC. (Ap.) Julian acusa al Marqués,
este á su vez á Julian,
á aquellos dos estos dos;
se hablan bien, se quieren mal...
Lo difícil es saber
quién de todos miente mas.

(Aparecen Julian y el Baron del brazo en el foro.)

ARTURO. Al salon. ¡Hola, señores!

RIC. (¡Oh! ¡qué cinismo!) Julian...

(Juan le tira del frac.)

Nada.—(Ap) (Es mi amigo; hablaré,
mi silencio es criminal.)

(Juan y Arturo se llevan al Baron y á Ricardo, que
no cesa de mirar á Julian hasta que desaparece.)

ESCENA III.

JULIAN. Se sienta en una butaca y dice despues de una pausa.

JULIAN. Cuanto en este espacio gira
solo mentira contemplo:
si no, Julian, por ejemplo,



tu frá no es un frá, es mentira.
Ningunos bienes sustentas
y en este mundo te meces;
pero aunque de ellos careces,
Julian, vamos á echar cuentas.
Te has mantenido en un tris
al peligro haciendo frente,
como dicen vulgarmente
viviendo sobre el pais.
Tu objeto en esta ocasion
fué sin duda el de medrar,
para de un salto trepar
hasta el último escalon.
Bien hecho; alabo tu gusto,
sin que por ello te asombres,
que pues lo hacen otros hombres
que quieras hacerlo es justo.
Soñaste y soñar es bueno;
pero sigues aun dormido,
y en el sueño te has comido
lo tuyo y hasta lo ageno.
Las deudas flotando estan
y no hay manos que te acudan;
pues los que antes daban dudán,
y como dudán, no dan.
Ya perdido hasta el filon
que en Ricardo descubriste,
puedes decir que perdiste
tu áncora de salvacion.
Por verdad há tiempo pasa
la farsa que tú les citas
de que no admities visitas
por estar mudando casa;
en vez de decir, sé franco,
que ya sin timon ni remo,
te has conducido al extremo
de habitar un sotabanco.
Y esa gente no sabrá
cuando cruces el salon,
que habrás vendido un colchon
para conservar el frá.
Que tu casa es una feria;

pues mecido por su arrullo,
nada hay que dé mas orgullo
que luchar con la miseria.
¡De una embajada el Marqués
jefe es hoy, y en él confías!
Si agregarte conseguías
tu antes borraba el despues.
Pero hay dos que con denuedo
de su hija anhelan la mano,
y el que la consiga, es llano
que me usurpe... me da miedo.
Pues nada, lo mejor es,
y fué el cálculo oportuno,
que no la obtenga ninguno
y que te admire el Marqués.
Que al contemplar las desgracias
que sobre él dos hombres llueven,
no sepa por quién se mueven,
y venga á darte las gracias.
En fin, caminar en pos
del astro que ha de lucir:
un frac no puede pedir
una limosna por Dios.

ESCENA IV.

JULIAN y LEISA.

- LUISA. Julian, pronto de esta casa
salgamos sin dilacion.
- JULIAN. Modera tu agitacion:
estás nerviosa. ¿Qué pasa?
- LUISA. ¿Me lo preguntas, Julian,
cuando hablar apenas puedo
porque todos con el dedo
ya señalándome van?
Si á tu ambicioso furor
se ajusta bien cualquier modo,
no lo sacrifiques todo,
respetá al menos mi honor.
- JULIAN. Si alguien te oye de tu honra
pedir cuenta á tu marido

creerán que te he convertido
en padron de mi deshonra.
La libertad del gran mundo
de tus actos respondia.

LUISA. Todo aqui es hipocresia
para su cinismo inmundo.
Egoista derrama el opio;
le aduerme y calumnia al bueno;
pues con el pecado ageno
cree tapar el vicio propio.

JULIAN. Te indujo mi discrecion
á que por puro egoismo
con tu habitual coquetismo
le des pábulo al Baron,
á que esperanzas soñando
mate la ilusion inquieta,
que de ser suya Enriqueta
viene nuestro mal labrando.
Lo cual, Luisa, en vez de ser
un motivo de bochorno,
es un detalle en su adorno
que embellece á la mujer.

LUISA. Aunque el decirlo me aflija
yo no secundo tu plan,
si no por mi honor, Julian,
por el nombre de tu hija.

JULIAN. Tu labio no le pronuncie.
Justo es callar á esa gente
que por mi orgullo indigente
de sus halagos renuncie.
Y ya que tu amor le invoca,
piensa, si al cumplir tu afan,
llega un dia en que ni pan
pueda llevarse á la boca.
La miseria nos absorbe;
pero mi orgullo no trunca,
que es fuerza que el hombre nunca
bajo su peso se encorve.
¿Qué es una farsa dirás
cuanto en torno nuestro gira!
Si es mentira, es su mentira
seductora por demás.

Y en fin, cuanto aqui nos liga
nos va indicando la huella.

(La lleva delante del espejo.)

Mira; ¿cómo estás mas bella?

Si tienes valor mendiga.

LUISA. Considera, Julian, antes,
que un mundo soñando estás
de placer tan falso, mas
que el brillo de mis diamantes.

Que por tu vida azarosa
ni aun conoces las delicias
que en sus tiernas caricias
puede ofrecerte tu esposa.

Que con amor la pobreza
sueña un mundo superior:
que donde acaba el amor
es donde el crimen empieza.

JULIAN. Calla, que en vano mi afan
en tu propia dicha gasto.
Vete: yo solo me basto
para conseguir mi plan.

LUISA. ¿Del vicio que te sonrie
ni mi llanto te contiene?

JULIAN. Calla, Luisa, que alguien viene:
seca tus ojos y rie.

LUISA. No, no puedo.

Haz por fingir.

JULIAN. ¡Si todos sois duros bronces!

LUISA. (Llevándose la hácia el foro.)

JULIAN. ¿Para qué sirves entonces
si no sabes ni mentir?

(Luisa desaparece por el foro procurando dominar
su emocion.)

ESCENA V.

JULIAN y RICARDO.

RIC. ¿Qué tiene Luisa? sus ojos
llenos de lágrimas miro.
Y aun supongo que advertí
sollozos mal comprimidos.

JULIAN. Nada; el calor; y esa atmósfera tan pesada, y este ruido ..

RIC. (Ap.) (Todo lo ignora: no obstante debo evitarle el peligro.)
Julian, si alguna atencion de tí merece tu amigo, discúlpale si te ofende sin querer el labio mio.

JULIAN. Di.

RIC. Mi conciencia ante todo: siento amistad: no la finjo. En el confuso tropel de ese mundo corrompido cada frase es un puñal, cada hombre es un asesino. Sus lenguas son escalpelos, que, aunque palpitante, vivo, las vísceras del honor entresacan con su filo. Pendiente el tuyo hace poco de aquellas lenguas he visto; pero, Julian, mutilado; tu honor estaba hecho añicos.

JULIAN. ¿Cómo?

RIC. Luisa y el Baron son el blanco de sus tiros.

JULIAN. Gracias, Ricardo, me libras de un espantoso ridículo.

RIC. No: yo te hablo al corazon. Quiero darte su cariño. ¿Si es su virtud innegable qué te importa á tí el ridículo? Ya que el mundo la calumnia viva feliz á tu abrigo. Dudar de ella fuera un crimen; dejarla en él un delito.

JULIAN. Lo que pretendes, Ricardo, ni es conveniente, ni digno. Ante todo es lo importante saber si ese horrible grito es solo una voz aislada ó es el general ludibrio.

Y si el mundo es quien mancilla
de mi esposa el honor limpio,
en la punta de mi espada
se le da el mentis escrito.

RIC.

¿Te bates?

JULIAN.

Con el Baron.

RIC.

No; jamás; eso es inícuo.

Si tu esposa es inocente
y en la lucha eres vencido,
¿para premiar su virtud
le das tu cadáver frío?

¿La vida es tuya tan solo?

¿Tú, Julian, no tienes hijos?

JULIAN.

¿Hijos?... no; tu desconoces
por completo nuestros ritos.

Aqui tan solo con sangre
se lava el honor herido;
mas casi siempre, Ricardo,
sin verterla queda limpio.

Hecho el reto, que es el todo,

queda, una vez admitido,

el no tener consecuencias
á cargo de los padrinos.

Los mismos calumniadores
se dan un mentis cumplido,
y con un pequeño escándalo
vuelves á tu honor su brillo.

RIC.

Entonces en esta farsa
son tan solo, segun miro,
los hombres meros autómatas,
que obedeciendo al capricho
de leyes que ellos formulan,
y que apellidan estilos,
actores de su papel

vienen á hacer el recito,
dando espectáculos propios
para aplaudirse á sí mismos.

Desde hoy mas á mis impulsos
vuelvo á obedecer sumiso.

JULIAN.

Como gustes.

RIC.

Mi conciencia

me lo está pidiendo á gritos.

Mi pecho me pide amor:
por ella llanto he vertido:
pues bien, Julian, Enriqueta
mi esposa ha de ser hoy mismo.

JULIAN. Pídele al Marqués su mano:
no me opongo á tu capricho.
(Mas no legrarás tu afan;
tengo el terreno medido.)
Te dejo: quiero poder
formar de mi afrenta juicio,
á fin de dar á esas gentes
un espectáculo digno.
Prescinde de mi amistad;
navega sin rumbo fijo.
Aquí tienes al Marqués.
Adios. (¿Qué dudo? es preciso.) (váse.)

• ESCENA VI.

RICARDO, el MARQUÉS.

RIC. Por si infiero algun agravio
perdon antes pedir debo;
pues ya, Marqués, no me atrevo
ni aun á despegar mi labio.
Todos mis frases comentan
y en vano busco el por qué.

MARQ. ¡Pobre Ricardo! hable usted.

RIC. Sus canas de usted me alientan.
Virgen á to da emocion,
sordo á ese extraño murmullo,
del amor al dulce arrullo
ví abrirse mi corazon:
flor que al nacer entre abrojos
regué en mi amante quimera
con la lágrima primera
que ví asomar á mis ojos.
Ella me hizo concebir
otro mundo superior,
me dió vida su calor,
y me ha enseñado á sentir.
Solo ve mi mente inquieta